

Mattick, P. ([1969] 1975). *Marx y Keynes. Los límites de la economía mixta*. Ediciones Era: México. Capítulo I; pp. 11-27.

## CAPÍTULO I LA "REVOLUCIÓN" KEYNESIANA

Las teorías de los economistas burgueses hasta David Ricardo se desarrollaron antes de que existiera una conciencia real de los conflictos de clase que dominan a la sociedad capitalista. Ricardo, como escribió Marx, fue

quien por fin toma conscientemente como eje de sus investigaciones la contradicción de los intereses de clase, la contradicción entre el salario y la ganancia y entre la ganancia y la renta del suelo, aunque viendo simplistamente en esta contradicción una ley natural de la sociedad. Al llegar aquí, la ciencia burguesa tropieza con una barrera para ella infranqueable,<sup>1</sup>

puesto que un desarrollo crítico ulterior sólo podría conducir al reconocimiento de las contradicciones y limitaciones del sistema capitalista de producción. Haciendo lo que los economistas burgueses no pudieron hacer, Marx se consideró a sí mismo como el auténtico heredero, así como el destructor de la economía burguesa.

Aunque la economía burguesa era ciertamente incapaz de avanzar, tal como dijo Marx, sí era capaz de cambiar su apariencia. Los economistas clásicos habían hecho hincapié en la producción y en el sistema como un todo. Sus seguidores insistieron en el intercambio y la empresa individual. La teoría económica resultó crecientemente apologética hasta que todo el problema de las relaciones sociales que son el fundamento de los procesos económicos fue desechado mediante el rechazo de la teoría clásica del valor, en beneficio del concepto del valor subjetivo de los marginalistas. Las crecientes dificultades económicas, sin embargo, despertaron el interés por el ciclo económico, por los factores que influyen en la prosperidad, la crisis y la depresión. La escuela neoclásica, cuyo abogado más conocido fue Alfred Marshall, intentó transformar la economía en una ciencia práctica; buscó modos y medios para influir en los movimientos del mercado y para acrecentar tanto el rendimiento del capital como el bienestar social general.

En medio de la Gran Depresión apareció el trabajo de John Maynard Keynes, *Teoría general de la ocupación, el interés y el dinero*, que muy pronto fue celebrado como una "revolución" en el pensamiento económico y que condujo a la formación de una escuela de "economía keynesiana". Mientras que los pertinaces economistas "ortodoxos" impugnaron esta es-

<sup>1</sup> C. Marx, *El Capital*. Ed. Fondo de Cultura Económica, México, 1946, t. I, p. XVIII.

cuela bien por "socialista" o por "ilusoria", algunos socialistas poco rigurosos intentaron unir a Marx con Keynes, aceptando las teorías de Keynes como el "marxismo" de nuestro tiempo. Se dijo entonces que el escepticismo de Marx acerca del futuro de la sociedad burguesa solamente indicaba su incapacidad o repugnancia para criticar a los clásicos *constructivamente*. Y de Keynes se dijo que había hecho realidad las aspiraciones de Alfred Marshall por un capitalismo reformado y mejorado.

La popularidad de John Maynard Keynes tiene ya muchos años y se inició con su libro *The Economic Consequences of the Peace*. Keynes se opuso a la dureza del tratado de Versalles porque en torno a "Alemania como soporte central, se agrupaba el resto del sistema económico europeo, y la prosperidad del resto del continente dependía principalmente de la prosperidad e iniciativa de Alemania".<sup>2</sup> Algunos sugirieron que el razonamiento conciliatorio de Keynes estaba motivado por su temor a una revolución anticapitalista a raíz de la guerra. Otros sospecharon que sus constructivas propuestas con respecto a la paz eran simplemente formas sutiles de preparar la política exterior británica de posguerra. Si bien indudablemente estas dos preocupaciones representaron un papel en la formación de su opinión, la oposición de Keynes al tratado se basaba principalmente en consideraciones económicas y estaba determinada por su convicción de que el mundo capitalista podía operar racionalmente.

Para Keynes, la guerra en sí era solamente un interludio accidental y desdichado en el proceso de formación de capital en una economía liberal. En 1919, temió una disminución en la acumulación de capital a causa de que

las clases trabajadoras pueden no desear continuar por más tiempo sacrificándose, y las clases capitalistas, no confiando ya en el futuro, pueden desear disfrutar más plenamente sus libertades de consumir en tanto que éstas duran, precipitándose así la hora de su confiscación.<sup>3</sup>

Era necesario restaurar las "costumbres de acumulación" perturbadas; porque en aquel tiempo Keynes todavía apoyaba "la desigualdad en la distribución de la riqueza" como el mejor medio para una gran acumulación de capital. Con el final de la guerra, esperaba un retorno al libre comercio internacional y a ilimitadas oportunidades de inversión. El medio más simple para restablecer la "normalidad", era sin duda reconstruir las condiciones de preguerra. Esto implicaba el tratar a Alemania como si no hubiera habido guerra alguna.

Pero después de experimentar el periodo de "socialismo de guerra" en Inglaterra y en el continente, y ser testigo del "experimento" bolchevique en Rusia, Keynes dejó de pensar que el capitalismo estaba restringido a una economía liberal; de hecho, empezó entonces a considerar "el *laissez-*

<sup>2</sup> J. M. Keynes, *The Economic Consequences of the Peace*. Nueva York, 1929, p. 146.

<sup>3</sup> *Ibid.*, p. 22.

*faire* como una leyenda, y como algo metafísico". Estaba convencido de que la economía capitalista podía ser regulada para que funcionara mejor sin perder su carácter capitalista. Y si la economía nacional podía ser dirigida por cauces definidos y convenientes, también podría ser coordinada en función de las necesidades económicas del mundo. Puesto que se podían concebir esquemas de control, Keynes confiaba en que su realización práctica dependería solamente de la presencia de hombres sabios de buena voluntad. "Creía en el supremo valor del liderazgo intelectual y en la sabiduría de los pocos elegidos";<sup>4</sup> y en su habilidad para influir en los procesos económicos en una forma socialmente satisfactoria.

En la teoría económica burguesa los hombres actúan racionalmente en un mercado en el que el interés propio de unos se enfrenta al interés propio de otros, cada uno rivalizando por aventajar a los demás y limitándose unos a otros. Mediante todos los ilimitados intentos individuales para llevar al máximo la satisfacción de los deseos, el mercado establece relaciones de precios que tienden a realizar una óptima asignación de los recursos. Keynes no impugnó el aserto según el cual la optimización del propio interés económico conduce al máximo de bienestar social; pero sí encontró que la gente rara vez conoce sus verdaderos intereses. El principio individualista no era suficiente para reconocer el propio interés individual *verdadero*. Los ahorros y las restricciones en el consumo, por ejemplo, en ocasiones convienen tanto al individuo como a la sociedad; pero otras veces pueden empobrecer a ambos. Para saber cuándo resulta apropiada una u otra política se requiere el punto de vista social.

La noción de que la satisfacción del propio interés individualista exige una consideración de las necesidades del sistema social, forzó a Keynes a dirigirse de la "microeconomía" a la "macroeconomía" de los clásicos. Esto implicó un regreso parcial a la teoría del valor-trabajo; porque las nociones aplicables a la determinación firme e individual de los precios no son aptas para una teoría que discute agregados sociales tales como ingreso total, consumo, inversión, empleo y su interdependencia económica. Se ha considerado que en este cambio de Keynes "hay implícita una crítica fundamental del orden social existente".<sup>5</sup> En realidad solamente prueba la gran preocupación de Keynes por los controles gubernamentales

tanto porque son el único medio practicable de evitar la destrucción total de las formas económicas existentes, como por ser condición del funcionamiento afortunado de la iniciativa individual.<sup>6</sup>

<sup>4</sup> R. F. Harrod, *La vida de John Maynard Keynes*. Ed. Fondo de Cultura Económica, México, 1958, p. 383.

<sup>5</sup> D. Dillard, *La teoría económica de John Maynard Keynes*. Ed. Aguilar, Madrid, 1973, p. 200.

<sup>6</sup> J. M. Keynes, *Teoría general de la ocupación, el interés y el dinero*. Ed. Fondo de Cultura Económica, México, 1971, p. 335.

En un intento por enfrentar las crecientes dificultades económicas, los economistas dirigieron su atención a la teoría monetaria con objeto de influir en el ciclo económico. Keynes era el más indicado para apoyar esta tendencia. Especulador en divisas internacionales, Keynes se ocupó de cuestiones y reformas monetarias desde su primera publicación *Indian Currency and Finance* (1913), hasta su última contribución al Fondo Monetario Internacional. El control del sistema monetario se había convertido esencialmente en un control del crédito por medio de la tasa de interés. Según el punto de vista de Keynes, tanto la excesiva inflación como la excesiva deflación —capaces ambas de perturbar la estabilidad de la economía— podían ser atribuidas a una disparidad entre ahorro e inversión. Si la inversión superaba al ahorro, sobrevendría la inflación; y si ocurría lo contrario, se tendría una deflación. Keynes descubrió que la discrepancia entre ahorro e inversión se debía a una falta de regulación de ambas. Puesto que los individuos y grupos tomaban sus decisiones individuales sobre ahorros e inversiones, no había ninguna garantía de que estas decisiones se complementaran unas a otras. El bienestar económico dependía por lo tanto de una tasa de interés que mantuviera al ahorro de acuerdo con la inversión, estabilizando en esta forma el nivel general de precios.

Keynes sostenía que la producción está limitada por la tasa de interés, porque esta tasa define el estándar para la rentabilidad de la inversión. Esta tasa de inversión depende de los inversionistas, que invierten de acuerdo a las utilidades esperadas. Se supone que estos inversionistas comparan sus previsiones de ganancias con los intereses corrientes pagados por el dinero prestado. Así, el descenso de la tasa de interés aumentará la propensión a invertir. Keynes no negaba que una depresión prolongada restablecería una relación "correcta" entre ganancia, interés y salarios. Pero estaba seguro de que un proceso inflacionario alcanzaría los mismos resultados con menos inconvenientes. Consideraba sus propuestas inflacionarias no como una impugnación de la doctrina clásica, sino como una respuesta a la violación de esa doctrina que ya se había realizado por medio de tasas de interés mantenidas artificialmente. Estaba convencido de que el control de la oferta monetaria y del crédito podría establecer una tasa de interés equilibrada que igualaría al ahorro con la inversión y crearía las condiciones psicológicas para una expansión "normal" del capital.

No es necesario, por el momento, seguir las numerosas proposiciones de Keynes sobre cómo aliviar los males económicos por medios monetarios. Su "originalidad" no está en este campo: aquí él comparte honores con Hawtrey, Harrod, Cassel, Wicksell, Fisher y muchos "maniáticos del dinero" olvidados ya hace mucho, particularmente Proudhon y Silvio Gesell.<sup>7</sup> Proudhon imaginó un sistema económico de "mutualismo" sin

explotación, accesible consiguiendo que el capital dejara de ganar intereses. Propuso el establecimiento de un banco nacional, que gratuitamente otorgaría créditos a todos los solicitantes en una sociedad de productores independientes y sindicatos de trabajadores. Mientras que Proudhon imaginó que la abolición del interés era el camino más seguro hacia el "socialismo", Silvio Gesell no encontró nada que objetar al "sistema manchesteriano". Él se oponía al interés y a la renta como obstáculos a la continua expansión de la producción. El dinero, según Gesell, puesto que no solamente era un medio de cambio sino también un medio de atesoramiento, tenía la tendencia a salirse del proceso de circulación, causando como consecuencia estancamiento y decadencia. Si podía prevenirse el acaparamiento del dinero, la producción podría seguir adelante ininterrumpidamente. Sugirió la aplicación de un impuesto al dinero. El gravar todo el dinero líquido haría que la conservación del dinero fuera un asunto costoso. Supuso que la gente invertiría su dinero y "capitales reales" antes que pagar un precio por acumularlo; y que el aumento en la inversión conduciría a una economía de abundancia y bienestar general.

A pesar de que Keynes no compartía los utópicos anhelos de Proudhon, estaba totalmente de acuerdo con el ataque al pago de intereses, y apoyaba la gradual "eutanasia del rentista". Y aunque encontraba las teorías de Gesell impracticables, las consideraba válidas en principio. Él también consideraba equivocada la doctrina del liberalismo en su supuesto de que un mecanismo de autoajuste equilibraba automáticamente la tasa de interés y el volumen de la inversión. Aunque apreciaba el "trabajo de pionero" de Gesell, Keynes consideraba innecesario aplicarlo: una tasa de interés manipulada podía controlar la inversión bastante bien para mantener la tasa necesaria de expansión del capital.

A diferencia de estos economistas que creían que todos los problemas económicos podían ser resueltos solamente por medios monetarios, Keynes presentó sus ideas como una "teoría completa de una economía monetaria" integrando las teorías monetaria y del valor. Llamó a su trabajo una "Teoría general de la ocupación, el interés y el dinero", porque en su opinión

los postulados de la teoría clásica sólo son aplicables a un caso especial y no en general, porque las condiciones que supone son un caso extremo de todas las posiciones posibles de equilibrio, más aún, las características del caso especial supuesto por la teoría clásica no son las de la sociedad económica en que hoy vivimos, razón por la que sus enseñanzas engañan y son desastrosas si intentamos aplicarlas a los hechos reales.<sup>8</sup>

La teoría tradicional no tomaba en cuenta el desempleo; hasta la *Teoría general*, los mismos argumentos de Keynes desdeñaban el problema. Sin

<sup>7</sup> J. M. Keynes, *Teoría general...*, ed. cit., p. 15.

<sup>8</sup> S. Gesell, *Die Natürliche Wirtschaftsordnung durch Freiland und Freigeld*. Berlin, 1916.

duda. su *Tratado del dinero* (1930) anticipaba el intento posterior de abordar la cuestión de la producción y el empleo como un todo. Pero sólo en la *Teoría general* comenzó a tratar seriamente tanto el volumen como la repartición del empleo, así como las fuerzas que determinan sus cambios.

La teoría tradicional se limitaba a las condiciones imaginarias del pleno empleo, porque sus abogados estaban seguros de que los niveles de salarios reaccionarían ante las fuerzas de oferta y demanda y nunca tan altos durante tanto tiempo como para crear o mantener el desempleo. Estaban convencidos de que salarios más bajos incrementarían el empleo, y confiaban en que el desempleo reduciría los salarios. Keynes compartía su convicción pero no su confianza. Él pensaba que una "propensión al consumo" dada y una tasa de inversión dada determinan entre sí un nivel definido de empleo de acuerdo con el equilibrio económico. Aunque este nivel no puede ser mayor que el pleno empleo, sí puede ser menor. Puede existir un equilibrio que incluya el pleno empleo; pero sería un caso especial. Generalmente, un aumento en el nivel de empleo necesita un cambio bien sea en la propensión a consumir o bien en la tasa de inversión.

Keynes no puso en duda el aserto de que bajo ciertas condiciones el desempleo indica la existencia de salarios reales que son incompatibles con el equilibrio económico, y que su disminución incrementaría el empleo al aumentar los beneficios del capital y de este modo la tasa de inversión. Pero encontró que los salarios eran menos flexibles de lo que se suponía generalmente. Los trabajadores habían aprendido a resistir las reducciones de salarios. Y mientras no se pudiera recurrir al "método socialista" de reducción de salarios por decreto gubernamental, decía, los métodos asequibles para reducir los salarios no eran lo bastante efectivos como para asegurar reducciones uniformes de salarios de todas las categorías de trabajadores. También observó que la resistencia de los trabajadores es mayor a una disminución de salarios nominales que a una disminución de los salarios reales. Esto, naturalmente, es cierto; aunque sólo fuera porque es más fácil ir a la huelga que resistir un alza de precios.

Keynes vio que esto hacía posibles formas más sutiles de reducción de salarios que las empleadas tradicionalmente. La forma sutil era también la forma más efectiva y general, a su parecer. Una política salarial flexible podía crearse por medio de una política monetaria flexible: un incremento en la cantidad de dinero elevaría los precios y reduciría los salarios reales si los salarios nominales permanecían estacionarios o aumentaban más lentamente que el nivel general de precios. Keynes escribió:

Teniendo en cuenta la naturaleza humana y nuestras instituciones, solamente un tonto preferiría una política de salarios flexibles a una política monetaria elástica, a menos que señale las ventajas de la primera

que no sea posible obtener con la segunda.<sup>9</sup>

Aparte de estas observaciones, sin embargo, Keynes sostenía que el empleo en un capitalismo desarrollado está determinado no por los arreglos salariales entre trabajadores y patrones sino por la "demanda efectiva" existente, que depende de la propensión al consumo y de la tasa de expansión del capital. Incluso con tasas de salarios perfectamente flexibles, el desempleo existiría en caso de declinar la demanda. La suposición aceptada de la "Ley de Say" de que "la oferta crea su propia demanda" sencillamente no es cierta; el capitalismo no es el sistema autoajustable que se suponía debía ser. Si por una parte es verdad que una reducción de los salarios nominales que deje intacto el total de la demanda existente aumentaría el empleo, éste no sería el caso si la demanda total disminuyera. Desde el punto de vista "social", las reducciones de salarios sólo tienen sentido si conducen a una expansión de la producción que aumente la demanda efectiva. Y el mercado no es capaz por sí solo de generar una política salarial para asegurar y aumentar la demanda efectiva hasta que se alcance el pleno empleo. Para obtener esto, se necesitan interferencias de carácter monetario y, quizá, extramonetario. El propósito de estas interferencias, sin embargo, es el de hacer que el equilibrio económico del mercado opere en condiciones de pleno empleo. La impracticable ley de Say sobre el mercado tiene que hacerse funcionar por medios exteriores al mercado.

Según Say, todo el mundo produce o para consumir o para vender, y todos venden con el fin de comprar uno u otro producto para usarlo o para consumirlo; consecuentemente, la oferta y la demanda están destinadas a equilibrarse. Si hay demasiado de un producto en particular, su precio bajará; si no hay lo suficiente, su precio aumentará; estos cambios de precios, tendientes a mantener el equilibrio económico, excluyen la posibilidad de una sobreproducción general. El mecanismo del mercado se considera aquí como un mecanismo de equilibrio automático que únicamente requiere ser dejado solo para producir la más económica y racional asignación de los recursos productivos y de la distribución de los productos. Como corolario de la misma doctrina, Keynes dijo, "se ha supuesto que cualquier acto individual de abstención de consumir conduce necesariamente a que el trabajo y los bienes retirados así de la provisión del consumo se inviertan en la producción de riqueza en forma de capital, y equivale a lo mismo".<sup>10</sup>

A pesar de algunas inconsistencias teóricas, el pensamiento económico contemporáneo, de acuerdo con Keynes, "está todavía profundamente impregnado de la noción de que si la gente no gasta su dinero en una

<sup>9</sup> *Ibid.*, p. 236.

<sup>10</sup> *Ibid.*, p. 28.

forma lo gastará en otra".<sup>11</sup> Keynes admitió la posibilidad de la idea de que "los costos de producción se cubren siempre globalmente con los productos de las ventas derivadas de la demanda". De manera semejante, es natural suponer "que todo acto de un individuo que lo enriquece sin que aparentemente quite nada a algún otro, debe también enriquecer a la comunidad en conjunto; de tal modo que un acto de ahorro individual conduce inevitablemente a otro paralelo, de inversión, porque, una vez más, es indudable que la suma de los incrementos netos de la riqueza de los individuos debe ser exactamente igual al total del incremento neto de riqueza de la comunidad". Pero Keynes concluyó que "quienes piensan de este modo se engañan, como resultado de una ilusión óptica, que hace a dos actividades esencialmente diversas aparecer iguales".<sup>12</sup>

A partir de la suposición de que el precio de la demanda global iguala al precio de la oferta global, se siguen todas las demás suposiciones de la teoría neoclásica del equilibrio, incluyendo su teoría del empleo. Esta teoría solamente admite el desempleo "voluntario" o "friccional", no el desempleo involuntario. Keynes, sin embargo, reconocía la existencia del desempleo involuntario: describía su ausencia como un estado de "pleno empleo". No es muy exacto, escribió,

decir que la desocupación en Estados Unidos en 1932 se debió a la obstinada negativa del trabajo a aceptar una rebaja en los salarios nominales o a la tenaz demanda de un salario real superior al que consentía la productividad del sistema económico. Son amplias las variaciones que sufren el volumen de ocupación sin que haya ningún cambio aparente en las exigencias mínimas reales de los obreros ni en su productividad.<sup>13</sup>

Para Keynes, el mismo hecho de un desempleo prolongado y en gran escala indicaba que la "ley de Say" no es una ley económica general, sino que resulta cierta sólo bajo las condiciones especiales del equilibrio con pleno empleo. Según el punto de vista de Keynes, el sistema económico puede estar en equilibrio bajo condiciones inferiores al pleno empleo. O sea, un nivel dado de empleo inferior al pleno empleo puede ser el más provechoso para los empresarios. En ese caso no existe ninguna fuerza en el equilibrio que pueda elevar el nivel de empleo hasta el pleno empleo. Esto puede realizarse sólo externamente, seleccionando entre las variables económicas mutuamente interdependientes "aquellas variables que la autoridad central puede controlar o dirigir deliberadamente en el sistema particular en que realmente vivimos".<sup>14</sup> Para Keynes, estas varia-

bles determinables eran la propensión al consumo y el incentivo a invertir. La manipulación de estas variables conduciría a un estado de equilibrio económico con pleno empleo. Una vez establecido esto, el análisis del equilibrio estático sería válido de nuevo. Keynes no ponía en duda la posibilidad de semejante equilibrio; solamente dudaba que el sistema se ajustara automáticamente para crearlo. Como la teoría fracasaba en ajustarse a la práctica, se la sustituía con una práctica que se ajustara a la teoría.

Keynes encontró conveniente simpatizar con la doctrina de que "todo es producido por el trabajo", porque "podría evitarse mucha confusión si nos limitáramos estrictamente a las dos unidades, dinero y trabajo, cuando nos ocupamos del comportamiento del sistema económico en conjunto".<sup>15</sup> La unidad básica para medir la ocupación en su sistema es una hora-trabajo de productividad media, así como en el sistema de Marx el trabajo especializado se reduce a trabajo no especializado. Una unidad salario es la cantidad de dinero recibida por una hora de trabajo. La producción global, el ingreso y el empleo representan ciertos valores en términos de unidades-salario y se supone que estas últimas son de magnitud constante. Los volúmenes de empleo medidos en unidades-salario sirven como índices para medir los cambios en el sistema económico.

Expresado en términos más simples, el modelo de Keynes representa un sistema cerrado dividido en dos departamentos de producción: el de los bienes de consumo y el de los bienes de capital. El gasto total de dinero en bienes de consumo más el gasto total en bienes de capital constituye el ingreso total. Cuando la demanda global —la demanda de bienes de consumo y de capital— es igual al ingreso total, lo que implica que el ahorro total iguala a la inversión total, se supone que el sistema está equilibrado. Una disminución de la demanda global, que implica una discrepancia entre ahorro e inversión, reduce el ingreso total y produce desempleo. Para alterar esta situación, la demanda global debe ser aumentada hasta el punto en que el ingreso total implica pleno empleo.

A causa de que Ricardo "descuidó la función de la demanda global", Keynes se consideró antirricardiano y promalthusiano, defendiendo el papel de la "demanda efectiva" como el fundamento principal de una economía de pleno empleo. Pero mientras Malthus "no pudo explicar claramente cómo y por qué la demanda efectiva podría ser deficiente o excesiva",<sup>16</sup> Keynes consideró que había descubierto la razón en la "propensión al consumo" psicológica. Malthus observó que en el capitalismo, la demanda de los trabajadores no podía ser lo bastante grande para permitir a los capitalistas obtener ganancias. Y puesto que los precios incluyen ganancias, no podían ser obtenidas en el intercambio intercapitalista. La relación capital-trabajo contenía y creaba una falta de

<sup>11</sup> *Ibid.*, p. 29.

<sup>12</sup> *Ibid.*, p. 30.

<sup>13</sup> *Ibid.*, p. 20.

<sup>14</sup> *Ibid.*, p. 219.

<sup>15</sup> *Ibid.*, p. 48.

<sup>16</sup> *Ibid.*, p. 39.

demanda que destruía el incentivo para acumular capital. Malthus concluía que esta demanda debía salir de otras capas sociales distintas al trabajo y al capital. De esta forma justificaba la prolongada existencia de una clase feudal improductiva: y juzgaba necesario su consumo para el correcto funcionamiento de la economía. Sin embargo, “el gran enigma de la demanda efectiva, con el que Malthus había luchado, se desvaneció de la literatura económica”<sup>17</sup> hasta que fue resucitado por Keynes. Como consecuencia, su teoría debe ser considerada como una versión moderna, una elaboración y posiblemente un perfeccionamiento de la teoría de la acumulación de Malthus.

El consumo, para Keynes, es el fin obvio y el objeto de toda actividad económica. El capital, escribió, “no es una entidad que subsiste por sí misma con independencia del consumo”; por lo tanto “cada debilitamiento en la propensión a consumir, considerada como hábito permanente, tiene que hacer flaquear la demanda de capital lo mismo que la de consumo”.<sup>18</sup> Keynes creía que el hecho de que los individuos tiendan a consumir porciones progresivamente menores de su ingreso a medida que este ingreso aumenta es una “ley psicológica”. Cuando el ingreso real total aumenta, el consumo también aumenta, por supuesto, pero no tanto como el ingreso. Solamente en una sociedad económicamente atrasada, escribió Keynes, sucede que la propensión al consumo sea lo bastante grande para asegurar el pleno empleo. Esta propensión decrece en una sociedad “madura”. Como la propensión al consumo decrece con el enriquecimiento de la sociedad, y como la formación de capital es el enriquecimiento de la sociedad, resulta que propiciar el enriquecimiento de la sociedad es apoyar la disminución de la propensión al consumo. Por lo tanto, la acumulación de capital debe desembocar en la disminución de la propensión al consumo, que es la *clave* de la disminución de la demanda efectiva. Keynes se propuso destruir la ley del mercado de Say en su propio terreno, o sea, en el supuesto de que la producción se realiza en beneficio del consumo. ¿Y de qué otra forma hubiera podido tener más éxito sino mostrando que precisamente a causa del “hecho” de que la producción sirve al consumo, la oferta no crea su propia demanda?

Keynes considera el consumo de las masas de la población, por miserable que sea comparado con la producción potencial e incluso actual, como el consumo escogido por la población, que expresa su propensión real al consumo. Sin embargo, cree que incluso en la sociedad “madura”, la demanda efectiva puede ser aumentada por medio de un cambio en la propensión al consumo. De esta manera, admite una diferencia entre lo que él considera la propensión al consumo escogida por la sociedad y las necesidades de consumo social realmente existentes. Naturalmente, al admitir esto implica que el consumo no es el fin de la actividad econó-

<sup>17</sup> Ibid.

<sup>18</sup> Ibid., p. 101.

mica en el capitalismo. Si lo fuera, no existiría el problema de la demanda efectiva.

Cuando la ocupación aumenta, escribió Keynes,

aumenta también el ingreso global real de la comunidad; la psicología de ésta es tal que cuando el ingreso real aumenta, el consumo total crece pero no tanto como el ingreso. De aquí que los empresarios sentirían una pérdida si el aumento total de la ocupación se destinara a satisfacer la mayor demanda de artículos de consumo inmediato. En consecuencia, para justificar cualquier cantidad dada de ocupación, debe existir cierto volumen de inversión que baste para absorber el excedente que arroja la producción total sobre lo que la comunidad decide consumir cuando la ocupación se encuentra a dicho nivel; porque a menos de que exista este volumen de inversión, los ingresos de los empresarios serán menores que los requeridos para inducirlos a ofrecer la cantidad de ocupación de que se trata.<sup>19</sup>

Por supuesto, esto refuta las afirmaciones del propio Keynes de que el capital “no es una entidad autosuficiente”, y que “el consumo es el único fin de la producción”.

Es cierto que, por lo general, la economía burguesa no prestó atención al problema de la demanda efectiva. El marxismo sí se ocupó de él aunque, según Keynes, sólo “furtivamente, bajo la superficie, en los subterráneos” de la teoría económica. Para Marx, la producción capitalista está orientada no hacia las necesidades del consumo sino hacia la producción de capital. El capitalismo debe producir con el fin de consumir, es cierto; pero para producir debe ver primero la luz verde de la rentabilidad. La demanda efectiva se compone de una demanda de bienes de consumo y de una demanda de bienes de producción. La relación entre los dos aspectos de la demanda efectiva indica si la rentabilidad del capital está aumentando o disminuyendo. La acumulación de capital implica una disminución del consumo proporcional a la velocidad de crecimiento del capital. En *este* sentido, la formación de capital disminuye la propensión al consumo; pero esto no es sino otra forma de decir que en el capitalismo, el capital se acumula.

“Una falta de demanda efectiva” no es sino otra manera de definir una falta de acumulación de capital y no es una explicación de ello. Incluso según el punto de vista de Keynes, “la ocupación solamente puede aumentar *pari passu* con un crecimiento de la inversión, a menos, desde luego, que ocurra un cambio en la propensión a consumir”.<sup>20</sup> Sin embargo, Keynes sostenía que por el momento el único remedio para el desempleo estaba en la ulterior expansión del capital. El problema podía ser

<sup>19</sup> Ibid., p. 35.

<sup>20</sup> Ibid., p. 94.

resuelto también con una reducción del tiempo de trabajo a expensas de la inversión y el consumo; pero, como la mayor parte de los que no trabajan, Keynes estaba seguro de que “la gran mayoría de los individuos preferiría mayores ingresos a mayor holganza”.<sup>21</sup> No obstante, si bien Keynes estaba muy impresionado por “las grandes ventajas sociales de aumentar la existencia de capital hasta que deje de ser escaso”, estaba dispuesto a “admitir que el camino más prudente sería el de avanzar en ambos frentes a la vez [...] promover la inversión y, al mismo tiempo, el consumo, no simplemente hasta el nivel que correspondería al aumento de la inversión con la propensión existente de consumo sino a un nivel todavía mayor”.<sup>22</sup> En condiciones capitalistas, sin embargo, este “nivel todavía mayor” del consumo reduciría la rentabilidad del capital, disminuiría el nivel de ocupación, y haría necesario el aumento de la inversión como una condición previa para un aumento del consumo.

Tradicionalmente, la ganancia ha sido considerada como un premio que reciben los capitalistas por su actividad y, cuando esa actividad no existe, como un premio por su disposición a invertir en vez de consumir sus “ahorros”. La ganancia también les recompensaba por correr “riesgos”, o por su importancia social al desarrollar “métodos indirectos” de producción que, promoviendo mayor productividad, implican periodos de espera para las inversiones a largo plazo. En cualquiera de esos casos, los capitalistas, absteniéndose de consumir en un momento dado, ganaban el derecho a consumir más en un momento posterior; a no ser, naturalmente, que prefirieran seguir absteniéndose aún más tiempo. Pero hubo épocas en que los capitalistas rehusaron correr “riesgos”; cuando en lugar de invertir su dinero y el de otras personas prefirieron guardarlo, actitud que Keynes llama “preferencia por la liquidez”. Como la historia reciente ha visto años de las llamadas “huelgas de inversiones”, Keynes encontró aconsejable alterar la teoría de la abstinencia de ganancia e interés. Sugirió que la ganancia y el interés no debían seguir siendo considerados como premios por ahorrar e invertir dinero, sino como premios por dominar el deseo de no invertir, por resistirse a la “preferencia por la liquidez”. En otras palabras, por el deseo del capitalista de seguir siendo capitalista.

En realidad, claro está, da exactamente igual decir que la ganancia es un premio por invertir capital o un premio por resistirse a la liquidez. En este aspecto, las discusiones entre los economistas giran en torno a la cuestión de si la preferencia por la liquidez causa estancamiento o si ocurre lo contrario.

Cuando las cosas se ven negras y la gente no espera más que pérdidas de cualquier negocio que contemplen —escribió J. A. Schumpeter—, entonces se negará, por supuesto, a invertir sus ahorros corrientes [...]

<sup>21</sup> Ibid., p. 290.

<sup>22</sup> Ibid., p. 289.

o aplazarán la inversión para beneficiarse de ulteriores reducciones de precios. Al mismo tiempo, los ahorros no sólo no se reducirán, sino que aumentarán para todos aquellos que esperan pérdidas inminentes de renta en sus negocios o por el paro. Este es un elemento importante en el mecanismo de las depresiones y el gasto público con déficit es, en realidad, uno de los medios más notorios para romper tal “círculo vicioso”. [Sin embargo,] no puede basarse en él ninguna defensa de una teoría del “superahorro”, porque sólo tiene lugar a consecuencia de una depresión, la cual no puede ser, por tanto, explicada por él mismo.<sup>23</sup>

Por el contrario, según Keynes, “la preferencia por la liquidez” precede al estancamiento a causa de la tendencia a atesorar, determinada psicológicamente, que está asociada con la disminución de la propensión al consumo.

Según el punto de vista de Keynes, para aclarar su posición una vez más, un aumento en el ingreso aumenta el consumo, pero en menor medida que el ingreso. En el supuesto de que toda inversión sirve en última instancia a las necesidades del consumo, el ahorro aumentará más rápidamente que la inversión. Al suceder esto, la demanda global decrece y el nivel de ocupación real no alcanza a la oferta de trabajo disponible. Esto sucede en una sociedad “madura” porque el gran volumen del acervo de capital ya existente disminuye la eficiencia marginal del capital (rentabilidad), y de esta forma disminuye las expectativas acerca de futuros beneficios del capital. Los poseedores de riqueza preferirán conservar sus ahorros en forma líquida a invertirlos en empresas que prometen poca o ninguna ganancia. Las expectativas a corto plazo de los poseedores de riqueza, según Keynes, se basan en expectativas a largo plazo, que son necesariamente nebulosas a causa de la creciente abundancia de capital. Keynes no aclara en qué forma esta tendencia a largo plazo —la disminución de la eficiencia marginal del capital— afecta las decisiones de inversión inmediatas. Simplemente afirma que, en cualquier disminución actual de la rentabilidad, los capitalistas ven una disminución futura aún mayor; y que esta actitud pesimista es causa de que la economía actual decline todavía más rápidamente. En otras palabras, las perspectivas a corto plazo determinan las perspectivas a largo plazo, y estas últimas determinan el comportamiento a corto plazo. Confiando en esta “perspicacia”, “previsión” o “instinto”, los capitalistas demuestran que más vale pájaro en mano que ciento volando cuando no arriesgan nuevas inversiones.

En lugar de cerrar la brecha entre ingreso y consumo, de la teoría de Keynes se desprende que “cada vez que logramos el equilibrio presente aumentando la inversión estamos agravando la dificultad de asegurar el

<sup>23</sup> J. A. Schumpeter, *Capitalismo, socialismo y democracia*. Ed. Aguilar, Madrid, 1971, p. 491.

equilibrio del mañana".<sup>24</sup> Pero para el futuro próximo Keynes pensaba que estas dificultades aún eran superables y sugería una serie de reformas destinadas a combatir la "preferencia por la liquidez" y a aumentar la "demanda efectiva", a pesar de la disminución en la propensión al consumo. Keynes confiaba en que todavía era posible una tasa de inversión que asegurara el pleno empleo. Incluso "la construcción de pirámides, los terremotos y hasta las guerras pueden servir para aumentar la riqueza, si la educación de nuestros estadistas en los principios de la economía clásica impide que se haga algo mejor".<sup>25</sup> La primera guerra mundial había demostrado ya que

incuestionablemente el socialismo de guerra logró una producción de riqueza mucho mayor a la que conocimos en la paz, pues aunque los bienes y servicios distribuidos estaban destinados a la extinción inmediata e infructuosa, no dejaban por ello de ser riqueza.<sup>26</sup>

Aparte del "accidente" de la guerra, sin embargo, si el empleo como "una función del consumo previsto y de la inversión prevista", no era pleno empleo porque las previsiones eran pesimistas, estas previsiones insuficientes podían ser aumentadas por medio de una planeación optimista que no necesitaba destruir los aspectos básicos del capitalismo. En la teoría de Keynes, el pleno empleo no tenía que implicar la guerra, la destrucción del capital o la producción superflua, sino que podía ser conseguido por medio de obras públicas de utilidad ya grande o ya dudosa que aumentarían el ingreso sin acrecentar el ahorro, y de esta forma se mantendría ocupados a los trabajadores.

Las crisis reales, o el ciclo económico, encajaban imperfectamente en la teoría de Keynes de la "demanda efectiva" basada en la decreciente "propensión al consumo", porque el ciclo económico acompañó al periodo más importante del desarrollo capitalista, y no sólo su etapa "madura". Tenía que considerarse principalmente como cosa del pasado, y en este carácter resultaba una ilustración bastante confusa del proceso de "maduración" de la sociedad: un proceso en el cual, a intervalos, la disminución de la propensión al consumo todavía puede ser inmunizada por expectativas de ganancia de fuerza considerable aunque decreciente y por el poder "creador de riqueza" de numerosas guerras. Keynes expresó a menudo su creencia de que el capitalismo había perdido desde hacía mucho tiempo su habilidad para superar depresiones y que el estancamiento era el estado "normal" de su existencia, en ausencia de intervenciones gubernamentales en el mercado de inversiones. Algunos de los discípulos de Keynes no consideraban

exagerado decir que la inflación y el empleo total son las condiciones normales de una economía en tiempo de guerra y que la deflación y el paro son las condiciones normales de una economía en tiempo de paz en la presente etapa del desarrollo del capitalismo.<sup>27</sup>

Desde el momento en que los economistas juzgan imposible atribuir causas objetivas a las crisis, los únicos datos en que se basan son los relativos a la psicología de la clase que representan. Esta psicología se explica a partir de los movimientos reales de la producción de capital; pero por su parte no puede explicar estos movimientos. Incluso Keynes sintió algunas veces que tal procedimiento era insuficiente y trató de dar una base material a sus interpretaciones psicológicas. En gran contraste con el tono general de su argumentación, señaló que la duración de la depresión debía tener una relación definida con "el periodo de vida de los bienes duraderos y con la tasa normal de crecimiento en una época dada". Al principio de la depresión, proseguía,

hay probablemente mucho capital cuya eficiencia marginal ha llegado a ser insignificante y hasta negativa. Pero el intervalo de tiempo que habrá de pasar antes de que la contracción del capital por el uso, la decadencia y la obsolescencia ocasione una escasez lo bastante obvia para aumentar la eficiencia marginal, puede ser una función relativamente estable del promedio de duración del capital en una época dada.<sup>28</sup>

La razón de la baja eficiencia marginal del capital al principio (y durante) la depresión, aparenta que una abundancia de capital causa una falta de rentabilidad. Se sigue de ahí que la aceleración del uso, el desgaste y la obsolescencia del capital deberían aumentar su valor y, con ello, su rentabilidad. Un método para conseguir la escasez de capital es la preferencia por la liquidez. Ello implica una falta de nuevas inversiones; y en la situación de depresión, nuevas inversiones solamente aumentarían la cantidad de capital, que ya es demasiado grande para tener beneficios satisfactorios. De manera que la preferencia por la liquidez sería una forma entre otras —tales como la construcción de pirámides o la guerra— para mantener la escasez de capital y en esta forma su rentabilidad. Pero, contrariamente a lo que sucede con la construcción de pirámides y la guerra, la preferencia por la liquidez significa desempleo. Keynes se opuso a ella precisamente por esta razón.

Según el punto de vista de Keynes, el estancamiento del capital denota la incapacidad o repugnancia capitalista para aceptar una rentabilidad

<sup>24</sup> J. M. Keynes, *Teoría general...*, ed. cit., p. 100.

<sup>25</sup> *Ibid.*, p. 120.

<sup>26</sup> J. M. Keynes, *Laissez-faire and Communism*. Nueva York, 1926, p. 48.

<sup>27</sup> Dudley Dillard, *La teoría económica de John Maynard Keynes*, ed. cit., p. 246.

<sup>28</sup> J. M. Keynes, *Teoría general...*, ed. cit., p. 283.

decreciente. La crisis resulta de una "sobreinversión" promovida por "expectativas que están destinadas al fracaso". La crisis ocurre no porque "la comunidad como un todo carezca de uso razonable para más inversiones", sino porque "de repente surgen dudas en relación con la confianza que puede tenerse en el rendimiento probable" y "una vez que aparece la duda, se extiende rápidamente". Durante el auge "el desencanto se cierne sobre [un mercado] demasiado optimista y sobrevaluado" y "naturalmente precipita un aumento decisivo en la preferencia por la liquidez". Esto crea la crisis.

La "sobreinversión" existe porque las inversiones han sido asociadas con expectativas de ganancia que demuestran ser muy poco realistas. "Las inversiones con rendimiento real, digamos de 2% en condiciones de ocupación plena, se proyectan basándose en previsiones de, digamos, 6% y se valúan en consecuencia. Cuando llega la desilusión esta previsión se reemplaza por el contrario 'error de pesimismo' con el resultado de que se espera una cantidad negativa de las inversiones que de hecho hubieran dado un rendimiento de 2%, en estado de ocupación plena; y el colapso resultante de las nuevas inversiones conduce entonces a un estado de desocupación en el cual aquellas que hubieran producido 2% en condiciones de ocupación plena, de hecho dan menos que nada." El repentino colapso de la eficiencia marginal del capital que resulta, "estando, como está, determinada por la indirigible y desobediente psicología del mundo de los negocios, disminuye la propensión al consumo existente implicando un grave descenso en el valor del mercado de los bienes".<sup>29</sup> Y de esta manera es como la depresión se alimenta a sí misma, hasta que es determinada por un aumento en la eficiencia marginal del capital dentro de la situación de crisis o por una expansión del capital a pesar de su baja eficiencia marginal.

Esperar un aumento de la eficiencia marginal del capital dentro de la situación de crisis significa esperar el regreso a una escasez suficiente de capital. En el capitalismo "maduro" esto muy bien podría ser desastroso: el desempleo en gran escala y de larga duración tiene graves consecuencias sociales. Para superar la depresión es necesario aumentar la rentabilidad del capital y al mismo tiempo acrecentar la producción más allá de los límites de formación de capital privado. Aunque Keynes vio en las manipulaciones de la tasa de interés un instrumento posiblemente menor, o quizá totalmente ineficaz, para elevar el incentivo a la inversión, las defendía sin embargo como parte de un extenso ataque contra la "preferencia por la liquidez". Según sabemos, él propugnó una reducción en la tasa de interés no sólo porque "juega un papel peculiar en la fijación de un límite al volumen de ocupación, desde el momento que marca el nivel que debe alcanzar la eficiencia marginal de un bien de capital du-

rable para que se vuelva a producir",<sup>30</sup> sino también porque él defendía en principio la eliminación del "inversionista ineficiente", porque "hoy el interés no es recompensa de ningún sacrificio genuino".<sup>31</sup> Como el capitalismo "maduro" significa una eficiencia marginal del capital más baja, el mayor riesgo implícito en nuevas inversiones puede ser reducido al menos en parte eliminando también el "riesgo del crédito".

En vista del precario estado de los mercados de inversión, Keynes llegó finalmente a la conclusión de que "el deber de ordenar el volumen actual de inversión no puede dejarse con garantías de seguridad en manos de los particulares".<sup>32</sup> El objetivo de todas las políticas gubernamentales debía ser alcanzar el pleno empleo, porque "sólo en condiciones de ocupación plena, una pequeña propensión a consumir puede llevar al aumento del capital".<sup>33</sup> Y como solamente durante el periodo de auge es que el capitalismo se acerca al pleno empleo, el "remedio correcto para el ciclo económico", según Keynes, consiste en "evitar las depresiones y conservarnos de este modo en un cuasi-auge continuo".<sup>34</sup> Teniendo el pleno empleo como criterio, la efectividad de las diversas intervenciones gubernamentales en la economía de mercado podían probarse experimentalmente. Lo que no condujera al pleno empleo, no era suficiente.

<sup>29</sup> Ibid., p. 198.

<sup>30</sup> Ibid., p. 332.

<sup>31</sup> Ibid., p. 285.

<sup>32</sup> Ibid., p. 322.

<sup>33</sup> Ibid., p. 286.

<sup>29</sup> Ibid., pp. 281-83.